DISIPADAS MARIPOSAS

POR

JUAN GIL-ALBERT

ORNAMENTACIÓN DE JUANINO

DE «DISIPADAS MARIPOSAS», HA IMPRESO LA TIPOGRAFIA MODERNA, DE VALENCIA, 100 EJEMPLARES NUMERADOS

Nunca se sabe cómo aparecen de súbitas y volanderas, que buscan y no acaban, una fiebre candidísima de papelillos sin tocar, pero es lo cierto, que por las arcadas de las rosas, una larga guirnalda prendida sobre el valle rural, aparecieron con su parpadeo inusitado, y mañaneras que iban, dedicaron su solaz o bien otros motivos que desconozco, a su vagar exclusivo de una forma de aleteo un tanto de mecanismo gracioso, algo sí de mecánica, aunque no necesito decirlo que de mecánica muy sabia o muy inspirada, porque las alas de un metal aleatorio de aluminio y médula, se unen y separan no sin cierta rigidez artificiosa y muy característica, y que tan solo de cerca vistas en el vuelo se advierte, y llegadas que fueron al jardín, no sé qué arrebato apoderóse de ellas, desde luego sin que nada brusco descompusiera su parentesco remoto con las brisas, porque parece que otro modo de obrar no conviene a su naturaleza que sin más se despinta y cojea de alas, así es que su trasporte, su ajetreo en el aire, sus evoluciones que casi no están en el tiempo, que sólo lo roza pasajero, todo tiene lugar como al polvillo nacarado de sus alas conviene, como a su escaso cuerpo le permiten las alas, y tal suave arrebato cabe suponer que es debido a la profusión que el jardín les muestra de tantas especies cultivadas y formas singulares de ornamentación como contiene, y como es hora por lo límpida de grandes atractivos, no ha mucho que el sol trajo sus labios húmedos por el tímido lomo rosa de las colinas, ellas advertidas al instante de esta gala que aun rememora la noche anterior en cierta languidez mantenida de los tallos, en una cierta fresca fosfor de los cálices, entran como digo súbitas y volanderas y deciden ligeras incursionistas no cejar ese intento que buscan o bien si tan sólo es así, un sutil distraerse, unas horas de música por entre amables cosas, y vuelan con ese tic que no se oye, sin prisas, es verdad, sin afanes un tanto descuidados en cuanto a la forma de otros modos de vida, sin precipitar lo que viene detrás eso mismo, pero aunque así esto sea, ¿qué les dura? Bien poco; el tratar de seguirlas con los ojos más flexibles a sus itinerarios vacilantes que indecisas, o no sé si agraciadas cambian por otros, dando un giro imprevisto a su pasión momentánea o pudiera ser que reflexiva modalidad de no llegar a todo, sino cuando menos se piensa y se tiene enfrente, y así el seguirlas es tarea agilísima y desde luego inhábil, ellas acaban siempre por dejarnos prendidos en la corola que nos parecía el término irresistible de un vuelo menudo y cercado, mientras que pasan de largo, y abalánzanse de esa manera imponderable sobre un polen amarillo caliente que les depara el seno de un nimbo róseo, y cuando levantado el vuelo pretendemos adelantarlas por no quedar zagueros, y extendemos la vista por donde la línea iniciada parece marcar las rutas posibles, obstinadas, vuelven a los mismos pactizales del amor una y más veces, como si un hallado por fin motivo íntimo, las detuviera asidas con alfileres al borde de ese breve volumen lilial, pero el escaso tiempo no se para, y en idas y venidas las alas infatigables, todo lo llenan de un temblor de coloquios cuando vuelan, y sobre el estanque que las forja rápidas como el recuerdo por allá dentro, en sus doradas cavernas del pórfido pasan, y hacia el extremo norte se dirigen donde los olmos dan una umbría de follaje todavía incauto, dentro del cual las mariposas se agitan rutilantes y es entonces cuando digo que el jardín, ha quedado temblaroso de coloquios, de tanto como las alas mínimas despabilaron los humores vegetativos, abriendo los cauces para las atenciones más distantes, y unas mutuas mercedes de florilegios iniciaban envíos por doquier, y así de sensibilizado, violas de regreso cuando sirviendo a su tornadiza esencia, o quién sabe si a un deseo plausible de no quedar dormidas, abandonaban las leñosas cortezonas de aquellos árboles propicios, y a ciencia cierta no podría decirse si eran veinte o más las que venían volando, o era una sola, o acaso ni lo uno ni lo otro sino dos, y al ser así, conduciendo un tal tronco con su mano dirige Afrodita un paseo por el temprano día, y vueltas que son, y ya como alocadas por el ameno esparcimiento logrado, conducen ese trémolo volante por unas vías que un espesor enrarece de sol mullido y de los aromas de las flores medio ya cálidos, y jadean entreoudadas por ese hervor que se inicia, no parando su gracia imperecedera por tales resistencias, sino que tornan animadas a cada cogollo de la miel, y en los frágiles androceos se tiznan sus peluzas más íntimas con poderoso polen, que a cuántas mestizas variedades dará su entronque extranjero, unos a veces no familiares rasgos que el amor importado pregona, y así el jardín, brevemente excitado no las podrá olvidar, cuando recientes, desaparecen hacia el valle absorbidas por esa gran llamarada verde.

Facsímil del ejemplar de 1930
Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert»
Excma. Diputación Provincial de Alicante

Gráficas CIUDAD, S.A. - Alcoy